



Capítulo 610: Cachorro siendo golpeado

El sonido del acero divino resonó en el aire—un eco fino, casi musical, que contrastaba violentamente con los rugidos salvajes de Cerbero.

Vergil hizo girar a Yamato entre sus dedos con la ligereza de alguien que manipulaba una pluma, no una espada capaz de dividir realidades. El reflejo de la espada capturó las llamas, los relámpagos y el hielo de la bestia y, por un instante, pareció como si el infierno mismo estuviera bailando al ritmo de sus movimientos.

"Ven, perro", dijo, inclinando ligeramente la cabeza y con una sonrisa provocativa creciendo en su rostro. "Muéstrame esos colmillos guardianes."

Cerbero no necesitó más invitación.

El suelo explotó bajo sus patas mientras saltaba hacia adelante. Un salto que hizo temblar toda la arena, dispersando una lluvia de brasas y fragmentos de roca. La cabeza central escupió un torrente de llamas, mientras que la cabeza derecha rugió, disparando un rayo que atravesó el aire en un destello dorado.

Virgilio desapareció.

El ataque golpeó el suelo y destruyó la mitad de la arena—la explosión creó un cráter de fuego y polvo. Fragmentos de piedra y metal volaron alto en el aire, pero antes de caer, el espacio fue cortado en silencio.

Un sonido metálico resonó detrás de la criatura.



Vergil reapareció, tranquilamente, apoyando a Yamato sobre su hombro.

"Pesado, ruidoso y predecible. Como un perro guardián mal entrenado."

Un corte atravesó el aire —sutil, casi imperceptible— y una de las cadenas de energía que unían las cabezas de Cerbero se disolvió en polvo. La bestia aulló de rabia, haciendo girar su colossal cuerpo. El movimiento fue tan brutal que el suelo se hundió bajo sus patas.

La cabeza izquierda —la de hielo— creció y, respirando, cubrió el campo con una repentina tormenta de nieve. Cada copo de nieve era como una hoja congelada, lo suficientemente afilada como para cortar acero. Vergil cruzó Yamato frente a su cuerpo y avanzó directamente hacia el huracán glacial.

Un solo movimiento.

El mundo pareció detenerse.



El vendaval helado se dividió en dos direcciones, como si la tormenta misma se hubiera reducido a la mitad. El suelo detrás de Vergil quedó marcado por una línea de destrucción perfecta. Pasó ilesa durante el ataque, con el abrigo ondeando por la fuerza del viento y la mirada inquebrantable.

Cerbero intentó anticiparse. Las otras cabezas actuaron al unísono— una soltó relámpagos en forma de lanzas, la otra abrió la boca para escupir un torrente en llamas.

Vergil hizo girar a Yamato horizontalmente y, con una ligera sonrisa, murmuró: "Desmantelar."



El corte parpadeó.

Las lanzas del trueno se hicieron añicos incluso antes de que llegara el sonido del relámpago.

El fuego, al tocarlo, se dividió en líneas que se disiparon como polvo.

"Más rápido," se burló. "Todavía no me has convencido."

La risa resonó en la arena—un sonido insoportablemente tranquilo en medio del caos. Los dioses en las gradas observaban en silencio.

Shiva, con los cuatro brazos cruzados, habló en voz baja: "Qué cuerpo tan interesante... usando la proyección de energía en la hoja para desatar cortes invisibles más efectivos."



Wukong se rió entre dientes, pateando el aire.

"¡Este demonio es un lunático! ¡Mira eso! ¡Está cortando elementos!"

Hades mantuvo su mirada fija en la arena, inexpresivo, pero había algo allí—un leve destello de admiración contenida.

Yama, observando desde arriba, murmuró:

"Y todavía dicen que los mortales no pueden tocar el poder de los dioses... Él no sólo lo toca. Él lo mutila."



Cerbero rugió —ahora con genuina furia.

Las tres cabezas se alinearon y comenzaron a acumular energía. Lenguas de fuego, chispas eléctricas y nieblas heladas se fusionaron en un vórtice colossal en el centro de sus bocas.

Virgilio inclinó ligeramente la cabeza.

"Ah... así que ahora es serio."

El aire tembló.

El triple ataque de Cerbero explotó, creando una ola de pura destrucción. Era una combinación imposible —fuego, hielo y truenos fusionándose en una única explosión prismática. El impacto hizo que el espacio se contorsionara; las gradas vibraron e incluso algunos dioses se protegieron instintivamente.



Hela entrecerró los ojos y observó. "Si falla, será pulverizado."

La luz envolvió completamente a Virgilio.

Durante largos segundos no se veía nada —sólo un destello blanco que lo cubría todo. El sonido desapareció, el tiempo pareció detenerse.

Luego, el flash se separó.

Vergil estaba en el aire, por encima de la ola, deslizándose sobre una grieta que él mismo había creado con Yamato. Su capa se movía como un ala hecha de fuego y sombra, y un rastro de energía azulada marcaba su camino.



Descendió en un giro perfecto, cortando el ataque por la mitad.

La explosión se dividió en dos direcciones y se elevó hacia el cielo como columnas de fuego y hielo. El impacto resonó en el horizonte.

Vergil aterrizó de rodillas, hizo girar a Yamato y lo envolvió con un chasquido.

Un instante después, la energía que había acumulado se liberó en un boom silencioso.

Cerbero retrocedió.



Dos de las cabezas tenían cortes profundos, una de ellas sangraba llamas doradas.

"Sigues de pie", murmuró Vergil, limpiándose una gota de sangre de la comisura de la boca. "Resiliente. Eso es bueno. Ha pasado mucho tiempo desde que me divertí tanto."

La bestia respondió con un rugido que sacudió el aire. Su aura se expandió, cubriendo la arena en una oscuridad viviente. La energía de Cerbero era antigua —no sólo destructiva, sino instintiva, primaria. El poder de un ser nacido de la voluntad de muerte.

Los ojos de Virgilio brillaban más.

La sonrisa desapareció.



"Está bien..." dijo, bajando a Yamato y flexionando las manos. "Entonces no hay piedad."

El fuego y el viento comenzaron a girar nuevamente alrededor de su cuerpo. Pero esta vez algo había cambiado. Su sangre —la esencia demoníaca— ardió, mezclándose con la oscuridad. El suelo se agrietó bajo sus pies.

Lo que emanaba de Virgilio ya no era sólo poder.

Era dominio.

El espacio a su alrededor se deformó y una forma gigantesca comenzó a emerger detrás de él —el contorno de un dragón hecho de llamas negras y viento carmesí. El rugido etéreo resonó como un recuerdo ancestral.



Shiva se puso de pie.

"Él está... manifestando su alma."

Ada se tapó la boca, asustada y fascinada.

Hela simplemente sonrió.

"Por fin has dejado de jugar."

Cerbero respondió de la misma manera.

Sus tres cabezas brillaron simultáneamente y su energía explotó. El suelo se derritió y el aire se volvió denso como el plomo.



La arena ya no parecía un campo de batalla— era una pesadilla divina, donde el fuego, el hielo y el trueno se entrelazaban, moldeando el aire mismo en pura destrucción.

Virgilio avanzó.

El sonido del corte fue inaudible—un instante de absoluto silencio antes de la devastación.

Cruzó el campo y el dragón de fuego que lo acompañaba lo siguió, rugiendo al unísono. Cerbero atacó simultáneamente, abriendo las tres bocas y escupiendo su furia.

El impacto fue apocalíptico.

Una explosión de energía pura lo envolvió todo. Las llamas alcanzaron los cielos, los truenos sacudieron la tierra y el hielo agrietó el aire. La luz era tan intensa que muchos espectadores apartaron la mirada.

Cuando el humo empezó a disiparse, todavía quedaban en pie dos siluetas.

Virgilio, respirando lentamente, con el abrigo desgarrado en varios lugares, la sangre goteando de un corte en el hombro— y Cerbero, arrodillado, con las tres cabezas jadeando y los ojos medio cerrados.

El suelo que los rodeaba quedó destruido. No quedó rastro de la arena original; sólo cráteres, fisuras y fuego líquido fluyendo desde los bordes.

Vergil se pasó una mano por la cara, limpiándose la sangre, y volvió a sonreír.



"Eres más duro de lo que esperaba. Eso es bueno. Casi..." se rió entre dientes—un sonido bajo, ronco y sincero—"... casi tuve que esforzarme un poco."

Cerbero intentó ponerse de pie. Una de las cabezas rugió, pero el sonido falló—un ruido ronco y cansado.

Vergil dio un paso adelante y desenvainó a Yamato una vez más.

"Pero creo que ya es suficiente, guardián. Tu trabajo está hecho."

Un último corte.

Era demasiado rápido para ser visto, sólo se sentía—como si el movimiento del tiempo mismo se interrumpiera.

Cuando volvió a envainar la espada, la cabeza central de Cerbero se detuvo en el aire, congelada... y luego, lentamente, cayó, disolviéndose en humo negro antes de tocar el suelo.

Los otros dos se inclinaron, aullando suavemente, en sumisión.

Virgilio permaneció allí, inmóvil, con la mirada fija en la bestia arrodillada ante él.

"No fue un castigo", dijo con calma. "Fue un recordatorio. De quien soy."

Silencio.



Ni siquiera el viento se atrevió a moverse.

Hades se levantó de su trono y observó la escena.

Su expresión era ilegible—algo entre el respeto y la incomodidad.

"Entonces está hecho", dijo finalmente, con su voz profunda resonando en la arena. "La prueba ha sido completada. Y Erebus reconoce tu fuerza, Rey Demonio."

Vergil lo miró y sonrió levemente.

"Espero que la próxima vez elijas un oponente con un poco más de resistencia."

Wukong se rió a carcajadas. "¡Ese hijo de puta está loco! ¡Qué diablos fue eso!"



Shiva simplemente cerró los ojos, como si grabara una lección en piedra.

Hela, desde lejos, cruzó los brazos y murmuró algo que sólo Ada escuchó:

"Y pensar que ni siquiera ha peleado seriamente todavía."

Las llamas alrededor de la arena comenzaron a apagarse.

Erebus regresó lentamente a lo que era —el templo sombrío, el aire pesado, el silencio de las almas.



Vergil envolvió a Yamato, miró el suelo carbonizado y soltó una breve risa.

"Caos imposible de negar," repitió, recordando sus propias palabras. "Creo que lo logré."

Cerbero, herido pero vivo, bajó la cabeza ante él.

Por un instante —un instante breve y casi imperceptible— pareció que incluso el guardián del inframundo lo reconocía.

Y arriba, en las gradas, ningún dios se atrevió a hacer una broma.

Todos lo habían entendido.

Virgilio no era sólo un demonio con una espada.

Fue una calamidad vestido de hombre.

"Parece que te asusté", dijo Vergil riendo. "Nos vemos en el torneo, mis queridos competidores." Habló e hizo una reverencia, desapareciendo y reapareciendo junto a Ada.

"Vamos, probablemente quieran matarme ahora." Vergil dijo sonriendo pero sintió algo en su brazo. Él miró... "Qué carajo... Usé demasiada energía..." dijo, viendo su mano temblar y pequeñas heridas por la presión de sostener a Yamato.